

XII Semana del Tiempo Ordinario (Año Par)

Viernes

Mt 8, 1-4

Señor, si quieres, puedes curarme, le dijo el leproso a Jesús, en el evangelio que hemos escuchado. La lepra, en tiempos de Jesús, hacía impuro a quien la padecía. Impuro en la carne y en el espíritu; impuro para la sociedad e impuro para Dios, pues se le negaba la comunidad con los hombres y el acceso al culto.

El comportamiento de Jesús es como una bofetada de Dios a quienes aceptaban que la lepra era consecuencia del pecado y excluían de la santidad del pueblo a los que la padecían. Por eso, en el gesto de Cristo hay un brote de indignación, dirigida no contra el leproso, sino contra quienes pensaban de esa manera. Jesús tocó al leproso revelando que la pureza de Dios consiste en descender hasta la miseria humana, en besar la carne enferma y dolorida del hombre. Como maestro de la ley, Jesús enseña que el verdadero significado de su doctrina está en sanar a los heridos y consolar a los tristes; que no necesitan del médico los sanos sino lo enfermos.

Cristo convierte además este milagro en una prueba de su autoridad que ofrece a los que se obstinan en no creer en él. Después de curar al leproso, Jesús le ordena que se presente al sacerdote y ofrezca por su purificación lo que mandó Moisés en testimonio contra ellos. ¿Quiénes son ellos? ¿De qué da testimonio el milagro? Sencillamente de la autoridad de Cristo que, al curar a un leproso, ofrece un argumento irrefutable contra los que le niegan autoridad divina. Ellos son los mismos fariseos que, cuando Jesús cura al ciego de nacimiento, prefieren negar el milagro a reconocer que Cristo es la Luz capaz de abrirle los ojos. Por eso merecen el juicio de Cristo: *si fueran ciegos no tendrían pecado, pero como dicen 'vemos', su pecado permanece*.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasolidad.org/> (Con permiso a homiletica.org)